

Tantas cosas por hablar. Un recuento desordenado de males menores y discretos regocijos. Todo lo dicho durante el desayuno fue apenas un esbozo de lo que ya en pleno viaje ferrocarrilero madre e hijo ampliarían hasta con detalles e invenciones de más. Eran las cinco de la mañana y los muchos nervios, o la prisa, pues, como para decidir irse masticando aún totopos y pedazos de pan durante el trayecto a la estación, efectuado en coche de caballos. De lo más importante que la madre, llamada Telma, le dijo a su vástago fue algo tan portentoso como esto:

—Estoy segura de que en Sacramento hallarás a la mujer de tu vida, la que será la madre de tus hijos.

Para Demetrio ese presagio era baldío. Antes bien, imaginó la maravillosa vagina y los senos, como melones bien colgados, de Mireya. Una mamazota ideal, fantástica, como para que le diera una tropa de hijos...

—¿Me estás oyendo? En Sacramento hay muchísimas muchachas bonitas y bondadosas; muy dóciles y nada pasadas. ¿Qué me dices?

—Ya veré. Ya me animaré.

Ése fue el tema central de la conversación viajera. Ho-

ras y horas de insistencia. Fastidio para quien tenía que reprimirse. Ni modo de soltarle la sopa a doña Telma; qué tal si le dijera que se estaba acostando con una puta extraordinaria allá en Oaxaca, y menos que había experimentado múltiples posiciones de ensarte en la cama. Jamás un hijo debe confesarle pecados tan perversos a su madre. Qué falta de respeto sería, ¿verdad?; por lo cual es menester situar todo eso en el cruce en lancha a remo y balanceo riesgoso. Una leve angustia, algún sobresalto mínimo, quizás un sollozo o algo así, todo previsto desde unas horas antes. Al respecto hay que referir un pormenor geográfico que fue platicado por doña Telma a su hijo Demetrio durante el viaje a Sacramento en vagón de primera, al decir primera se enfática que techo y paredes estaban tapizados de terciopelo verdoso... bueno, lo que debe destacarse es que a lo largo de cuatro kilómetros el río Nadadores corre paralelo a la vía del tren. Si se considera que en esta suerte de hermandad no hay roce, no tiene sentido tocar el tema. La cosa es que sí lo tuvo para la madre porque, según le habían contado, a veces la crecida de las aguas cubría los rieles. Un incidente anómalo, puesto que parecía que el tren flotaba. Muchos vieron ese efecto gracioso a distancia, pero verlo desde el tren: sentirse flotando y sin descarrile: lo que nunca... ¿ésa sería la primera vez? Temor. Es que siendo diciembre el río trae más agua, dicen, o lo contrario: casi no. Por ende, hasta que pasaran por ahí... Tramo cercano a la estación La Polka, donde madre e hijo bajarían con sus pesadas maletas. Dos kilómetros antes de esa parada oficial el río torcía hacia el lado este. Total que lo visto por ambos a la hora de la hora, al igual que otros pasajeros, fue una apenada mojadura de riel: el izquierdo: donde: besos sin chiste: moderación acuosa, que a saber si sujetos distantes verían como flotación. Seguro que no.

da "El lenguaje del juego"

Ya era una realidad que aumentarían los clientes día con día. Esto fue muy notorio el último domingo, cuando tuvo que hacerse una fila de unas veinte personas. Esto nunca ocurrió ni aun cuando el negocio era una cosa nueva, no vista ni de chiste, o como algo que se le pareciera al menos como pinta de algo dizque moderno, porque ¿una pizzería?, uh: ni en los pueblos de los alrededores. Pero estamos en lo de la clientela: el tropel agolpado hacia el atardecer. El craso avance lento. Las protestas a causa de la espera. Las renunciadas tronantes toda vez que hubo insultos... Y el motivo de toda la tardanza se debió a la estrechez del horno, donde nomás cabían cuando mucho tres pizzas tamaño familiar, lo que debe explicarse porque desde mucho antes ya se vendían –sin caja, hay que aclararlo– pizzas para llevar; pizzas partidas (los pedazos envueltos en papel aluminio), a bien de conservar el calorcito ideal... Pero... Comprar otro horno con mayor amplitud... Tentativa... El remedio global, ¿verdad que sí?

En los últimos meses circulan por el pueblo camionetas de lujo. Más: ¿por qué?: día tras día. Lo cierto es que se ignora si los dueños son gente que vive en San Gregorio. Son BMW, así es la marca que hasta suena a clave, más que oculta, perversa. Son vehículos caros que sólo usan personajes muy ricos y despilfarradores. Se les ve desde lejos, se les ve por las noches casi siempre. Oyen su música a todo volumen y no hay quien diga pío aun cuando de por sí a medio mundo aturden, o sea ¿quiénes son y por qué gozan de ese privilegio?

30

Veinticinco mil habitantes, pocos más, pocos menos. Ésa es la cifra municipal que se maneja desde hace un poco más de cinco años, cuando el último censo. Cierzo es que San Gregorio ya ha perdido la facha de una pequeñez. En los últimos años ha habido un revuelto desconcertante: el pueblo tiene mucho de poblote, si no es que de ciudad o por ahí o ya cerca. Se siente el crecimiento casi a diario. Todo parece ahora más difícil.

Hay pocos policías y mal pagados.

Nadie logra entender cómo es posible que haya solamente dos patrullas.

Existe un dispensario, pero no un hospital.

29